

EL MISTERIO DE CRISTO EN EL KERIGMA Y LA CATEQUESIS

INTRODUCCION. La Catequética se sirve de imágenes sacadas del mundo de la persona y de las relaciones humanas. Las razones son de orden *sicológico* (mundo que más hondamente influye en el hombre) y *bíblico* (la Palabra de Dios y la vida de gracia se dirigen a la persona).

- La adhesión a Cristo es como el despertar de un primer amor.

El primer amor es fascinador. El proceso subsiguiente de la vida continúa en la misma línea: ahondamiento y clarificación del primer encuentro.

I

Existen dos grandes cauces por los que discurre la vida cristiana: Kerigma y Catequesis. Son dos elementos dialécticos celosamente respetados en la Iglesia de Dios:

a) El KERIGMA rompe la línea de la historia en su movimiento natural y crea una historia sobrenatural. Su núcleo es *acontecimiento, hecho*. Se distinguen en él dos aspectos: el *contenido* (= hecho histórico) y la *forma* (dinámica).

b) La CATEQUESIS: contempla, medita y desarrolla el Kerigma. Se apoya en él y deduce las riquezas de su núcleo central. Comparaciones: cadena, planta, germen. Sentido del Credo: símbolo catequético de nuestra fe.

II

La vida cristiana brota del Kerigma y se alimenta por la Catequesis: es más *mística* que moral. Kerigma y Catequesis constituyen LA TAREA que hoy más necesita la Iglesia.

Resumen

	Palabra de Dios	Ministerio profético	Iglesia de la Palabra de Dios
Bajo su aspecto	Dinámico.	★ Kerigmática o evangelización, conversión.	Iglesia de la conversión.
	Noético.	★ Catequética: doctrina, interioridad, progreso de la fe.	Iglesia de la contemplación.

III

La formación cristiana:

a) La formación cristiana se apoya en el Kerigma y la Catequesis. Uno y otra tienen significación especial. Ambos son la base de la vitalidad cristiana. Hemos de conceder a cada uno importancia relativa. De lo contrario se cae en graves contrasentidos religiosos.

b) Es un problema de educación religiosa, de Catequética. Atañe a todos los centros de la Iglesia: A las *Universidades y Seminarios*: se necesita dar una formación especial, capaz de proporcionar a los sujetos un tipo de «reacciones pastorales» o formas de actuar. A los *Colegios y Escuelas*: Gran oportunidad en España. Peligro de escolarización de lo religioso.

IV

SUGERENCIAS DE PRINCIPIO Y PRACTICAS

a) Referir toda la Catequesis al Kerigma.

b) Dar unidad orgánica a las formas de expresarse el Misterio cristiano. Ejemplos: El Catecismo debe pensarse y organizarse según esta ley básica de la Catequética.

c) El progreso en formación religiosa tiene una significación precisa: descubrir más hondas conexiones entre el Kerigma y la existencia «mundana».

d) En la juventud, especialmente, hay que saber «homologar» el descubrimiento de Cristo y la existencia «mundana». El método de la revisión de vida.

e) La Misa: de derecho es el centro de la Catequesis y la renovación constante del Kerigma y de la misma Catequesis. De hecho se presta a grave opacidad religiosa. Debemos darle toda la evocación *significativa* que le corresponde y que hoy la Iglesia (cfr. Constitución sobre la Sagrada Liturgia) intenta resaltar: que sea en verdad el Misterio significativo.

Seleccionar pastoralmente la Misa que oyen nuestros muchachos, cuidando, especialmente, la homilía, los cantos y las actuaciones.

CONCLUSION

La vida, en su dimensión humana, es como un amor que florece y fructifica.

La vida sobrenatural es el Amor de Cristo pascual hecho nuestra Pascua. La misión de la Catequesis de la Iglesia consiste en favorecer este injerto: que Cristo sea, en su Iglesia, la esperanza de la gloria.

BIBLIOGRAFIA

- FOURNIER, Elie: *Morale et prédication liturgique*, LV, 16 (1961), 28-42.
Handbuch theologischer Grundbegriffe, II, los términos *Verkündigung* y *Wort*.
- MALDONADO, Luis: *Enseñanza religiosa y pedagogía de la fe*, Verbo Divino, Estella, Navarra.
- PAULIN, Antoine: *Saint Cyrille de Jérusalem catéchète*, Lex Orandi, Cerf. París, 1959, pp. 141, 142, 159, 160, 171.
- RÉTIF: *Qu'est-ce que le kerygme?* «Nouvelle Revue Théologique», 71 (1949), páginas 910-922.
- Mgr. RODHAIN, Jean et COLSON, Jean: *Charité et pastorale d'ensemble*, Editions S. O. S., París, 1961.
- RODRÍGUEZ MEDINA, José: *Función de la Catequesis en la totalidad de la misión de la Iglesia*, SINITE, I (1960), 143 a 158; 297 a 324.
- TURCK, André: *Évangélisation et Catéchèse*, Cerf., París, 1962, pp. 49 a 86.

INTRODUCCION

La Catequética moderna, en su tarea de hacer intuitiva la enseñanza religiosa, desaprueba el tipo conocido de imágenes materiales, a base de cosas, objetos y elementos inanimados, y aconseja las imágenes y comparaciones *personales* o personalizantes.

Estas se recogen de la experiencia vital que todos tenemos de las relaciones humanas, en especial de las relaciones de tipo afectivo y, concretamente, de cuanto dice relación con el *amor*.

La razón de ello es *sicológica*, en primer lugar.

En efecto, este sector de lo personal es el que más profunda-

mente nos atañe, nos hace, nos crea, de tal modo que si, llegados a un hito determinado de nuestra existencia, pudiésemos, oteando en lo más profundo e intrincado de su hontanar, hacer el recuento de las adquisiciones acumuladas en nuestro yo psicológico, quedaríamos sorprendidos del porcentaje enorme acumulado en él, perteneciente al sector de lo personal.

Razón, en segundo lugar, de orden *religioso-bíblico*:

La Palabra de Dios usa constantemente, en la Revelación, e este tipo de analogías; y la vida de gracia consiste en una relación cuasi-marital de Dios con el alma y con la Iglesia.

Las analogías más válidas, por ser más próximas a nosotros, son, pues, las deducidas del mundo de la *persona* en su especificación afectiva, amorosa.

Usando este tipo de analogías, podemos afirmar que el descubrimiento de Cristo es comparable al despertar de un *primer amor*.

Los fenomenólogos describen el enamoramiento como un primer haz de luces, fascinador, fulgurante, arrebatador.

En él *lo racional* existe, pero aparece en segundo plano, «in obliquo».

Todo el proceso subsiguiente de la vida de relaciones amorosas entre las personas que se aman, se concibe, y en realidad es, como el incubarse, el florecer y dar frutos de ese inefable primer encuentro: realmente las dos personas se han seducido mutuamente, sin casi saber cómo fascinadas por un rayo, que es fuego y es luz.

A lo largo de la vida, las personas amadas tendrán que ir recapitando, adentrándose, deduciendo el *pleno significado* y las consecuencias alegres y dolorosas de su primera experiencia. *Harán memoria de su primer encuentro*.

Como el amor primer fue totalizador, absorbente, centralizador, aglutinante, cada nueva secuencia o instancia de la vida, en marcha ansiosa hacia la plenitud, puede describirse como la primera adhesión en trance de clarificarse, de definirse a sí misma y de sacar las últimas consecuencias de su compromiso primero.

I

KERIGMA Y CATEQUESIS EN EL MISTERIO DE CRISTO

El enamoramiento es, acaso, la mejor analogía del misterio de nuestra fe cristiana.

Un montón de páginas de la Biblia lo confirman.

Cristo, Dios es quien ha seducido a su Esposa y continúa, día tras día —urgencia de la gracia y de la Palabra—, haciéndola *recapacitar* en el misterio de su primer encuentro.

En la adhesión a la fe cristiana existen esos dos momentos que hemos evocado en nuestro símil:

El encuentro inefable con un misterio que se nos apareció como fulgurante;

y el denso *acordarnos* —la memoria recapacitadora— de aquello que nos sedujo un día.

Y ya hemos descrito, sin decir sus nombres, esos dos grandes ejes que constituyen la trama de la existencia cristiana: el KERIGMA y la CATEQUESIS.

En rigor, no son dos etapas estrictamente cronológicas y sucesivas, ni adecuadamente distintas, como si una pudiese existir sin la otra.

Son, más bien, dos *elementos dialécticos*.

Por lo mismo, se reclaman entre sí recíproca, constante e insistentemente.

No vamos a demostrar minuciosamente su realidad en la historia de la Iglesia primitiva para no salirnos de tema, ni para detenernos demasiado en lo meramente histórico.

Sólo algunas ideas vamos a exponer que nos ayuden a centrar el tema.

Que ellas sirvan de indicación positiva de lo que uno y otra significan *permanentemente* para la Iglesia de todos los tiempos.

Las condiciones especiales en que se propagó el Cristianismo en los primeros siglos, permitieron delimitar, más que hoy, las dos etapas.

Kerigma y Catequesis conservaban con mayor nitidez sus notas

distintivas, ya que uno y otra se realizaban en el seno de comunidades *adultas*.

La Iglesia —como *institución* organizada, por una parte; y como comunidad de gracia, como *conciencia* religiosa y viva del misterio. por otra— sintió entrañablemente el problema.

a) Se emocionaba frente a la existencia de un *acontecimiento* salvador, fulgurante, que había roto la línea de la historia en su movimiento horizontal natural, y creado un movimiento según línea espiral vertical, que arranca de Dios y viene al hombre para volver, de nuevo, a perderse en la inmensidad celeste del seno de Dios Padre.

El núcleo central que provocó esa ruptura no lo constituyó propiamente una doctrina, un sistema religioso o filosófico, una forma de pensar sobre las cosas..., sino un *hecho histórico*.

Podemos expresarlo, resumido globalmente, en una palabra que Pablo repite sin cansarse, como centro de su mensaje: el KYRIOS, el SEÑOR, MUERTO Y RESUCITADO, SALVADOR, QUE VENDRÁ.

A aquello que se consideraba como lo más escandaloso, vulgar y prosaico: a ese acontecimiento histórico se han de convertir los pueblos.

Este hecho se presentaba descarnado, acerante, consternador a cuantos se habían de convertir.

El apóstol kerigmático emplea dos grandes resortes: de *contenido* el uno; de *forma* el otro.

EL HECHO HISTÓRICO, *contenido* del mensaje. Es un NÚCLEO CENTRAL, todo él profundamente doctrinal, si bien el modo de presentarlo no lo parece, ni se insiste especialmente en ello.

Una *forma* determinada de proclamarlo.

Sus características: la persuasión incisiva, percutiente; el apremio insistente a la metanoia o conversión, situando al hombre ante el juicio de Dios, el entusiasmo religioso, la misma postura de pie del heraldo que simboliza mejor la decisión, la fuerza, el movimiento, el transitus.

En una palabra, se acentuaba el contenido energético, dinámico de la Palabra.

b) La CATEQUESIS, después, significaba, no dejar el kerigma como etapa superada, sino volver a tomarlo despacio en actitud medita-

tiva y contemplativa, deduciendo ahora explícitamente y con postura filial y orante, todas las riquezas de misterios contenida en el Misterio.

Así, la Catequesis era *Kerigma desarrollado*, más que exposición de nuevos misterios desvinculados del kerigma inicial.

Las verdades de la Catequesis no son como los eslabones de una cadena o los granos del Rosario que se unen entre sí con vínculo extrínseco; sino como la planta de hoy, ayer contenida en la semilla, o el hombre adulto encerrado en el niño o en germen generativo.

El Credo de la Catequesis es el kerigma pascual de Cristo, enviado del Padre, encarnado en María Virgen, muerto y resucitado, desarrollado en la Iglesia, por el Espíritu Santo, alma de los sacramentos y de la gracia, y en trance de venir de nuevo como kerigma escatológico o final.

El hombre, en realidad, se acercaba al Sacramento (Eucaristía), habiéndolo ya *recibido intencionalmente* por el acto de fe de su conversión y por la vida de fe, alimentada por la Catequesis.

Se cumplía así lo que hoy tanto repiten los teólogos de la Pastoral:

La Palabra tiene dinamismo sacramental; los sacramentos, estructura verbal; como lo repetían y repiten también los escolásticos sin llegar a deducir siempre las consecuencias pastorales: «La fe y los sacramentos de la fe; fides et Sacramenta fidei».

II

KERIGMA Y CATEQUESIS EN LA VIDA CRISTIANA

La vida del cristiano en el mundo, en este entretiem po, brota y brotaba así del Kerigma y de la Catequesis:

No era tanto *moral* cuanto *mística*, es decir, vida según y en el misterio, que es la Palabra de Dios realizada con plenitud en el Sacramento de la Eucaristía.

La institución de la Catequesis, apoyada sobre el Kerigma, puede decirse que constituía *la tarea de la Iglesia*; de tal modo que si hoy quisiéramos redescubrir conciencia viva de la escala de valores en la misión de la Iglesia —y se va camino de ello—, nos veríamos obligados a revisar y ordenar nuestras actividades: desde el

obispo, por misión el «ordo praedicatorum» por excelencia, pero que, de hecho, no siempre predica ni enseña, hasta el último de los presbíteros y religiosos que —no es infrecuente— pasa su vida como funcionario del papeleo, del administracionismo sacramental y de la mera enseñanza de las ciencias humanas sin grandes horizontes apostólicos.

Afirmando estas cosas es frecuente —y no hablamos de memoria— que oyentes o lectores sinceros exclamen: «Según eso, nuestras horas de trabajo, nuestras ocupaciones, nuestra burocracia, incluso nuestros servicios sedicentes apostólicos ¿habría que revisarlos y acaso darles la vuelta?» *Ciertamente.*

*Resumimos lo dicho hasta ahora ofreciendo una perspectiva sintética*¹.

Palabra de Dios	Ministerio profético	Iglesia de la Palabra de Dios
Dinámica.	★ Kerigmática o evangelización: conversión principio de la fe.	Iglesia de la conversión.
Noética.	★ Catequética: preferentemente unida a lo noético, pero sin excluir lo dinámico: doctrina, interioridad, progreso en la fe.	Iglesia de la contemplación.

III

KERIGMA Y CATEQUESIS EN LA EDUCACION CRISTIANA

a) Toda la obra de formación cristiana, la comunicación del Misterio, tiene que estructurarse según los dos momentos: uno forma el *esqueleto* del edificio, del cuerpo; el otro, la carne, la *forma*, los órganos de comunicación específica en la sociedad, los matices diferenciales, la conformación estética, los órganos alimenticios que posibilitan el crecimiento.

¹ El cuadro lo hemos tomado de las notas personales de las clases del Padre Liégé, O. P.

A la verdad, estamos tocando aquí el *punto neurálgico* del cual pende la perseverancia cristiana y, más que la perseverancia material (no separarse del Cristianismo), otro problema más hondo: la perseverancia cualitativa, el sentirme personalmente llamado, entusiasmado, proselitista... de una obra que siento como mía.

Estamos, en pocos términos, refiriéndonos a las fuentes de la vitalidad de nuestro Cristianismo.

Hoy nos están llamando la atención ciertos movimientos religiosos modernos, tales como los Cursillos, la renovación litúrgica.

¿Qué ha sucedido?

Nuestros hombres estaban «buenamente» catequizados por unas fórmulas muertas, que se repetían literalmente, en su materialidad, sin llegar a convertirse en *principios de vida*, de encuentros religiosos, de labor proselitista o apostólica.

Se ha podido comprobar estadísticamente en Estados Unidos que los católicos sienten menos entusiasmo por la fe, al menos por el apostolado, que los protestantes.

Esto se explica, creemos, por deducción lógica de este hecho: los protestantes, en su pastoral, acentúan más el *Kerigma* que la Catequesis; los católicos, al revés. Se preocupan más de mantener la doctrina impoluta, intacta, de «conservar» el depósito de la fe, de evitar la herejía.

¡Cuántas veces hemos visto la actitud siguiente: un pastor, sacerdote, educador, padre de familia, satisfecho porque sus ovejas defienden la integridad de la fe materialmente, hasta en sus mínimos pormenores, e insensible a formas cristianas de ser, a actitudes que revelan que esa doctrina ya no es valor real!

Por eso, en la tarea ecuménica actual, al protestantismo se le pide revisión *doctrinal*, sobre todo.

Al catolicismo, más bien *kerigmática*: que se convierta en existencia aquello que se sostiene como doctrinal; que las hermosas tesis de Eucaristía, de Verbo Incarnato, de Sacramentis... no queden encerradas y polvorizadas en los tomos de los teólogos o en las aulas y disputas inactuales y ficticias de las Universidades, sino que aparezcan hechas vida religiosa en un culto según la verdad que profesamos, en la ornamentación de nuestras iglesias, en una estructuración de nuestros templos con un poco más de orden y jerarquía de valores, de acuerdo con aquellas tesis de teología de los libros que con tanto celo defendemos «ideológicamente».

¡No es raro que entrando en muchas de nuestras iglesias se pregunte uno: «¡Son estas iglesias de la Eucaristía y de la Palabra, iglesias de Cristo, o iglesias de los santos, de las almas del purgatorio, de los exvotos!» Que se transparenten en unas catedrales que sean algo más que folklore, añoranza de anticuarios, ganaperras del clero y cultos sin verdad.

En resumen, como la verdad doctrinal sola no espolea hacia la defensa de un mensaje, de una persona; como la fe no es sólo tener por verdadero lo que Dios ha enseñado, como no es sola Catequesis sin Kerigma, sino ante todo adherirme a una *persona viva*, al acontecimiento histórico del Dios vivo, venido a salvarnos, los católicos no sentimos a menudo todo el drama de nuestra fe.

b) Evidentemente, cuanto hemos dicho es un problema de educación religiosa, de pedagogía de la fe, de *Catequética*, sencillamente.

Por eso, los centros escolares inspirados, de algún modo, por la Iglesia merecen nuestra máxima atención.

No disimulamos que también habría que hablar, y en serio, de la formación teológica en Seminarios y Universidades.

Creo que este problema flota en el ambiente en todas las naciones católicas, de modo consciente o inconsciente, aflorando en la superficie o subterráneo por falta de libertad de palabra y de confianza mutua entre superiores e inferiores, profesores y alumnos: a nuestro clero y educadores no se les forma para su acción pastoral concreta.

Habría que revisar seriamente su formación en nombre de la Iglesia del futuro, en cuanto que es Iglesia en el mundo, en el tiempo, que dialoga con la civilización humana, que es Tradición, pero que no se identifica con todas y cada una de las tradiciones que han tomado carta de existencia en ella.

Es un problema arduo porque están de por medio las pasiones humanas y el pecado.

Sobre todo porque muchos hombres de Iglesia tienen tendencia irresistible, más inconsciente que consciente, a considerar las formas de ser y de existir en que ellos se han moldeado, como *medida de todas las cosas*, incluso de las que vendrán.

Habría que gritarles la bienaventuranza del mal tradicionalista:

«Bienaventurados los que no tienen ideas porque ellos serán llamados hombres de doctrina segura».

Pero nosotros no queremos entrar en este tema. Sólo hablaremos —y brevemente— de los *centros escolares*.

Por una parte, hoy son la más grande oportunidad que tiene la Iglesia española en el terreno de la juventud; esto equivale a decir Iglesia del futuro. Nunca daremos suficiente importancia ni nos abriremos suficientemente a dichos centros.

Por otra parte, el centro escolar tiene un peligro: la *escolarización de la religión*: en la escuela, todas las disciplinas se estudian según el aspecto formal que tienen de enseñanza, de doctrina, sin que el sentirse arrastrados por ella sea necesario para el logro de su fin propio, al menos el académico.

Esto crea en profesores y alumnos una mentalidad, un hábito interior, un talento, una como segunda natura.

De ahí que sea facilísimo caer en la tentación de presentar lo religioso según los criterios de lo profano.

Se ha hecho encuesta entre muchachos mayores del bachillerato. Sienten nostalgia por la falta de entusiasmo religioso que notan en las lecciones que da el profesor que no rompe, al entrar en lo religioso, la continuidad de cuatro horas de clases profanas, con las cuales empalma, sin más, la enseñanza religiosa.

El muchacho se aburre, se cansa, aprende algo..., pero no se convierte.

¿Cuál es el *diagnóstico* del mal?

Se da cierta Catequesis; pero no se respetan las leyes relativas a la relación que debe guardar la Catequesis con el Kerigma, en cuanto a la *forma* y al *contenido*, según dijimos anteriormente.

IV

ALGUNAS SUGERENCIAS DE PRINCIPIO Y PRACTICAS

a) Hay que tener constantemente dirigida la mirada al gran centro de nuestra fe, el *Misterio Pascual*.

Y referir a él toda la enseñanza: el centro la ilumina, le da fuerza. Todo se aclara por él.

Esta referencia ha de hacerse según jerarquía de valores.

b) La *separación* de dogma, moral y sacramentos, en realidad es arbitraria. Para nosotros, cristianos, el contenido principal de la fe (los dogmas) se actualiza en los sacramentos.

Y nuestro vivir cristiano (moral) no tiene primeramente significación jurídica, disciplinar, coactiva. Llevamos vida cristiana cuando ésta surge espontáneamente de nuestra unión sacramental con el Misterio.

Por eso, toda Catequesis debe ser siempre *teologal y sacramental* al mismo tiempo. Yendo más a la raíz: *kerigmática*: partir del centro de nuestra Salvación.

De él, cada vez, hay que deducir la forma cristiana de vivir en concreto el objeto de la enseñanza.

Importa mucho, en Catequesis, por lo mismo, tender a las *junturas* o bisagras que unen dogma, sacramento y moral para verificar el paso de uno a otro con naturalidad y no arbitrariamente.

Oscar CULLMANN, en *Christ et le temps*, Delachaux et Niestlé, 1957, pp. 161 y ss., expone esto magistralmente. Resumimos sus palabras:

El mandamiento dirigido al cristiano está determinado por el acontecimiento central, Cristo. No existe ética sin dogmática. Lo que «debe existir» descansa sobre lo que «existe». El imperativo está fundado sobre el indicativo:

«Somos santos» significa que debemos «santificarnos».

«Hemos recibido el Espíritu» quiere decir que «debemos caminar según el Espíritu».

«Hemos sido rescatados en Cristo» significa que en el presente, sobre todo, debemos luchar contra el pecado.

Esta especie de contradicción entre el indicativo y el imperativo se explica por el carácter complejo de la situación actual de la Historia de la Salvación, de la tensión entre lo realizado y lo por realizar aún.

No existen propiamente leyes morales *nuevas*, sino que la situación concreta determina la decisión, de acuerdo con el acontecimiento central de Cristo y con el objeto escatológico de la Historia de la Salvación: conocemos la hora presente situándonos en la perspectiva de esos dos polos. «El fundamento último de la decisión concreta que tome (el cristiano) es la certeza de que su comportamiento

to está ligado al desarrollo progresivo de la Historia de la Salvaparte, y el Misterio de Cristo, por otra.

Un ejemplo catequístico en esta línea nos lo da el catequista San Cirilo de Jerusalén ². Al hablar a los catecúmenos de la Pateridad de Dios dice que debemos vivir como hijos de Dios (p. 142). Habla de la castidad en el contexto de una catequesis sobre la Encarnación y Resurrección: la castidad es irradiación de la vida de Cristo sobre el cuerpo. Está, por lo mismo, centrada en Cristo (páginas 159-160).

Según esto, el procedimiento de enseñanza catequística que consiste en explicar, sin más, el catecismo, pregunta tras pregunta, sin establecer conexiones, es absurdo desde una perspectiva de pedagogía de la fe.

Al empleo del libro de catecismo debe preceder un trabajo de organización de la doctrina según este criterio de estructura orgánica en que el Kerigma ocupa el centro, y en torno a él los dogmas, la vida sacramental y la vida cristiana o moral.

c) En realidad, carece de mayor importancia el enseñar muchas *cosas nuevas*.

En esto no estriba el progreso en formación religiosa. Podría incluso discutirse la conveniencia o al menos la necesidad de que nos tracemos como ideal en la enseñanza religiosa enseñar muchas o demasiadas cosas.

Lo que nos interesa, más bien, es descubrir y hacer que descubran los educandos y, en general, los cristianos, más hondas, ricas y abundantes referencias o puntos de contacto entre sus nuevas experiencias y conocimientos del mundo y de sí mismos, por una parte, y el Misterio de Cristo, por otra.

Importa, sobre todo, no volver al mismo mensaje sin dar *mayor inteligencia de él*. Es, más bien, progreso en intensidad que a base de nuevas porciones de doctrina.

d) Lo que acabamos de decir tiene especial aplicación al llegar la *adolescencia*. Entonces el joven necesita decidirse libremente fren-

² PAULÍN, Antoine: *Saint Cyrille de Jérusalem catéchète*, Cerf, Paris, 1959.

te a su fe, como se decide frente a mil valores de la vida, inéditos hasta ahora para él.

Por esto, en esta edad se requiere hacerles caer en la cuenta, del modo más vivo posible, del realismo de la Persona de Cristo. Es una edad en que la doctrina, bajo el aspecto formal de doctrina, se le hace muy cuesta arriba.

Hay que descubrirles, por una parte, la *Persona de Cristo*, no a partir del sistema de tesis, sino a partir de los grandes *hechos bíblicos*: representarles al vivo en especial la significación de su Muerte y Resurrección.

Por otra parte, presentar todos los *valores de existencia*, de vida, de cuerpo, de amor, de progreso —todo ello es objeto de Catequesis— injertados en la Persona y obra de Cristo.

Aquí el educador debiera insistir en el *optimismo cristiano*: la Muerte y Resurrección de Cristo es personal en el Señor, pero da significación mística a todas nuestras actividades y realidades terrestres.

Práctica y pedagógicamente, es de suma importancia en estas edades en que el joven se descubre psicológicamente, que la Catequesis deseche tonos magisteriales y emplee formas según el tipo de la revisión de vida: los muchachos, guiados por el Catequista, en mesa redonda, indagan sobre la significación cristiana de su existencia.

Los instrumentos de que conviene servirse: en una mano la *Palabra de Dios*, en especial los principales mensajes kerigmáticos y catequísticos de Cristo y de San Pablo. En la otra, los *hechos de vida*, en especial los más próximos a ellos.

Es axioma común, en la fenomenología moderna, que los valores —en especial aquellos que, como los religiosos, tienen mayor peligro de evadirse y parecernos superestructuras— nunca los descubrimos mejor que cuando los descubrimos *como nuestros* por medio de alguna actividad personal y libre.

e) Acabaremos diciendo una palabra sobre la *Misa de nuestros muchachos*.

Es indudable que toda la formación religiosa debe centrarse en ella.

También lo es que en la Misa debiera ver *proclamado* con el

mayor realismo el *Misterio* de Cristo: en la Misa, celebrada a lo largo del año litúrgico —así lo piensa Santo Tomás— se expone la esencia del Misterio cristiano.

En ella, por tanto, en sí misma, *objetivamente*, la Iglesia renueva incesantemente el anuncio del Kerigma: la Cruz del Sacrificio, los Saludos del sacerdote, la reunión de la Asamblea que viene en busca de salvación, son otros tantos anuncios que nos lo recuerdan.

Mientras que las lecturas, la homilía y los cantos constituyen sobre todo, si bien no exclusivamente, la *didascalía* o Catequesis de la Iglesia que comenta, medita, recapacita en el Kerigma.

Así es, objetivamente.

Sin embargo de esto, gran parte de nuestras misas, de hecho, subjetivamente, para nuestros fieles y muchachos, no son ni lo uno ni lo otro.

Les dejan en la misma opacidad religiosa —incluso mayor— que la que llevaban al entrar en ella. ¿Por qué será que para numerosas personas sencillas y populares de España el argumento de los que van a misa prueba más bien lo contrario? ¡Cuántas veces hemos notado, con dolor, hablando con ellas, cómo no llegan a hacerse ni idea de por qué es tan grave no ir a misa.

En parte tienen razón.

Se cumple aquí lo que dice Congar en una página durísima, pero real, de «Jalones». Resumimos lo esencial: Para muchos hombres de hoy, la Iglesia, como institución, sirve más de pantalla u oscurecimiento del Misterio que de acercamiento a él. Por eso, se sienten más bien atraídos a buscar a Dios en su individualidad solitaria, deísta, que en la Institución de la Iglesia³

Es una prueba más de aquella falta de visión auténtica de la misión de la Iglesia y de formación del clero que evocábamos rápidamente hace unos instantes: no inquieta esa situación terrible; y se hacen cruces porque nuestros cristianos de 1964, época del turismo, del scout y de la moto, entran el domingo en la iglesia ellas sin velo en la cabeza y unos y otras algo más someros en sus vestidos.

¡Ironías! Habría que evocar aquí las palabras de Cristo: Está bien lo uno; pero, por favor, sin olvidar lo otro, que es principal.

³ YVES M. J. CONGAR: *Jalones para una Teología del Laicado*, Estela, Barcelona, 1961, p. 75.

El jerarquizar los valores será siempre una de las grandes tareas de la verdadera pastoral.

Hay que volver a dar a la misa, a toda costa, toda la fuerza que tiene de *Misterio significativo*.

Es decir, la entraña misteriosa, el Misterio Pascual, objeto del Kerigma, que en ella se celebra, tiene que transparentarse de manera realista en sus signos.

Estos tienen que volver a hablar, a predicar, a significar a nuestro pueblo.

Da mucho que pensar el que de la definición tradicional de los sacramentos: «Sacramenta significando causant», la Constitución conciliar sobre la Sagrada Liturgia haya acentuado el *significado*, más bien que el *causant*.

En nuestra teología clásica nosotros hemos retenido casi exclusivamente el *causant*, la eficiencia⁴: ¡Otro punto más que necesita revisión en la formación teológica!

La misa que oyen nuestros muchachos los domingos hay que cuidarla pastoralmente: no basta cualquier forma de misa, para ellos.

Algunos tipos de misa les dejan la sensación de religiosidad *impersonal*. V. gr.: las polifonías aquellas en que ellos permanecen inactivos.

Otras se prestan a fomentar el *individualismo*, el *aburrimiento* o religiosidad *superficial*. V. gr.: el tipo de misa simplemente rezada y silenciosa.

Habría que dedicar especial cuidado a:

1. La HOMILÍA: de tipo kerigmático en cuanto al *contenido*: resaltar lo esencial del Misterio pascual. Y en cuanto a la *forma*: debe ser exultante, entusiasta, convencida y convincente, enérgica. Habría que estudiar cuidadosamente la incidencia concreta de este Misterio matizado por las lecturas de cada domingo y fiestas sobre los *hechos* vividos por el muchacho.

2. Los CANTOS: de hecho, es quizá el elemento que más fuerte-

⁴ Cfr. J. DANIELOU: *Sacramentos y culto según los Santos Padres*, Guadarrama, 1962, pp. 13-33.

mente incide en el joven, dada su sicología. Un buen canto, bien escogido (selección que se refiere, sobre todo, al *texto*, claro está) puede producir un impacto profundamente kerigmático.

Hoy, en las misas de nuestros centros escolares, los jóvenes podrían definirse: «cristianos que no cantan». ¡Y pensar que, como dice J. PASCHER en su libro *Eucharistia. Gestalt und Vollzug*, 1953, el hombre de la liturgia es «el hombre que canta». ¡Qué ironías!

3. Las ACTUACIONES, tales como las actitudes, el hecho de la Asamblea, los gestos procesionales. Frecuentemente parece algo ficticio. Sin duda porque nosotros no creemos en ellas.

Bien introducidas catequísticamente y, sobre todo, bien realizadas, constituirán factores de orden ambiental, imprescindibles para que los otros elementos mencionados se *encuadren* en el marco religioso que necesitan previamente.

CONCLUSION

Nuestro caminar como hombres sobre la tierra, puede concebirse como la maduración de una experiencia en lo individual y en lo social: la *experiencia del amor*. «El amor es la fuerza que me arrastra.»

Un amor entrañable nos concibió a la vida humana.

El amor, que es la mayor fuerza vital de la existencia de todo hombre en el mundo, nos impulsa incesantemente a mayores experiencias humanas, a ser más plenamente nosotros mismos, a desarrollar ese yo que, desde una perspectiva psicológica, procede constantemente de lo impreciso a lo preciso, del ser vaporoso y vacío al ser firme y pleno.

Un amor trascendente nos ha convertido y salvado.

Es el acontecimiento pascual de Cristo, el Kerigma inicial que es signo, es decir, hecho y mensaje, cosa y palabra.

La Pastoral, clavando los ojos en él, en todos los momentos, debe incubarlo y desarrollarlo en cada uno de los cristianos, mediante una Catequesis verdadera, hasta hacerlo madurar hasta la medida del varón perfecto, del perfecto cristiano

La Santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas, que exige la naturaleza de la Liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del Bautismo, el pueblo cristiano, es linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (1 Pedr. 2,9. Cfr. 2,4-5).

Al reformar y fomentar la Sagrada Liturgia, hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo, porque es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano; y por lo mismo los pastores de almas deben aspirar a ella con diligencia en toda actuación pastoral, por medio de una educación adecuada.

Const. sobre la Sagrada Liturgia (Concilio Vaticano II).